

Crónicas del Pacífico

Por Enrique Bunster (E. Andrés Bello. 1977)

La historia de la humanidad es una historia líquida, fluida, que tiene los mismos rasgos que el océano. A las calmas suceden las tempestades, a las tempestades las bonanzas, en ciclos que se alternan y parecen empujar al hombre hacia lo desconocido. Pero también el mar es el camino fundamental, la ruta que hizo salir al individuo de su soledad y su aislamiento y saborear la vida como un riesgo y una aventura. Los trajines de tierra no tienen ni tuvieron jamás el atractivo y el misterio de los viajes marítimos, sobre todo de aquellos que hacían los primeros exploradores del océano.

“Crónicas del Pacífico”, el libro póstumo publicado por la Editorial Andrés Bello, de ese fino escritor que fue Enrique Bunster, recoge con ese amor suyo por la aventura y la originalidad, la historia-leyenda del enigmático océano en el cual se halla envuelto Chile y en cuya agitada superficie han acontecido tantas cosas dignas de recuerdo y de admiración.

El Pacífico, que ya por su nombre comienza siendo una paradoja—porque a su inmensidad une su repentina violencia—, resume la historia del mundo. Se ha tragado no pocas civilizaciones—entre ellas esa Lemuria sumergida, que seduce a Bunster justamente por lo incierto de su existencia y lo hipotético de sus características— así como ha dado vigencia y dinamismo a otras tantas. Porque del mar anchuroso, el más extenso del globo, emanan tragedias y triunfos, grandezas y miserias, que el trazo de Bunster evoca con la amenidad y la delicadeza propias del pintor cuya tarea consiste en mostrar como superficie lo que en su raíz es profundidad.

Señalemos de paso, en una especie de rápido inventario, algunos de los temas de la obra, a fin de quedar libres para hablar de su autor, de su poder narrativo y de la flexibilidad y gracia de su textura. En estas crónicas desfilan hechos como el descubrimiento del Océano por Vasco Núñez de Balboa; las tropelías de Drake, mezcla de gran marino y de bárbaro pirata; las asombrosas proezas del capitán Cook, expedicionario que ensancha el mundo, añade conquistas a la vieja Inglaterra y muere, en una trayectoria tan fantástica como apasionante, asesinado por los salvajes que acababan de hacerlo Dios y luego lo venerarán después de muerto como tal. Encanto a Chile se refiere, asistimos a la genial visión de O'Higgins sobre el futuro del Pacífico, a la formación de la primera flota nacional, al combate de Angamos, al descubrimiento de la Antártida, a los infortunios de Charton, el pintor y marqués de Treville, en las Galápagos, al sueño o'higginiano de la asociación de Gran Bretaña y Chile en un poderoso imperio común, a los azarosos viajes de los galeones españoles, al infamante tráfico de esclavos y a otros episodios tan apasionantes como amenos e instructivos.

La obra está llena de vivacidad y de ingenio. Es —y digámoslo con énfasis y sin temores ante los que confunden al aburrimiento con la profundidad— entretenida, atrayente, amenísima. Saber relatar es un don y el encanto de un buen relato es que no sabemos de qué está hecho, como un excelente guiso —perdón por el simil que sólo entenderán los gastrónomos— disimula bajo su sabor los ricos y complicados materiales que entraron en su confección.

Bunster pertenece al linaje de esos escritores que aparentan ligereza y, por pudor o por encanto del tema, esconden el denso trabajo preparatorio que los hizo posibles. Las páginas que escribe parecen haber brotado sin esfuerzo, casi por generación espontánea. Sin embar-

go, basta una pequeña cala en su interior para advertir que resumen un caudal increíble de datos, que han expurgado montañas de libros, documentos, memorias, cartas, etc., y que con una intuición casi adivinatoria, va el autor extrayendo de ellos lo sustancial y lo sustancioso. Reconstituye, en esta forma, todo un ambiente y un escenario pretéritos y nos los entrega como si estuviéramos dentro de ellos hoy día, en esta hora precisa, con un giro actual y palpable.

Hay, por lo mismo, una rica pedagogía histórica, una lección humana, que constituyen el mérito del libro y explican por qué se lee con igual interés por el que valoriza la investigación erudita y por quien busca en la lectura un espacio liberador, el enriquecimiento de la propia experiencia con la mayor y más densa de vidas excepcionales. Bunster es un alma aventurera, curiosa, ensoñadora. Por eso sus preferencias y simpatías van hacia quienes hicieron de la aventura, de lo insólito y de los impulsos de la fantasía, una especie de meta ideal de sus existencias. El mar debía ser, en consecuencia, su tema predilecto, porque en su inmensidad el hombre se tropieza con lo infinito, con lo imprevisible y, sobre todo, con una fuerza elemental que mide la audacia y la resolución del que lo enfrenta.

La tierra, con todo lo que ofrece de solidez y de seguridad, jamás proporciona el horizonte desafiante del mar.

Baudelaire, que entendía de estas cosas, advertía que el hombre por ser libre, siempre adoraría al mar, en el que le tocaría ver la imagen ondulante y sorpresiva de su existencia y de la subyugadora nógnita de un imperioso destino.

Pero quizá lo más seductor del libro esté en la rememoración de un Chile que casi nos parece imposible y que nos hace medir lo que fuimos y lo que hemos ido dejando de ser. Cuando se leen esas páginas en que O'Higgins, Blanco Encalada, Zenteno, al que seguirá más tarde Lord Cochrane, crean un “poder naval” casi de la nada y a fuerza pura de audacia, o se considera la proeza de un Agustín Eyzaguirre, patriota rescatado del presidio de Juan Fernández, que organiza la Compañía de Calcuta, equipa frágiles barcos y llega con ellos a la India, cruzando rutas desconocidas y sembradas de piratas y peligros, se palpa lo que era el diminuto país de los primeros cincuenta años del siglo pasado. A todas partes llegaba nuestro empuje y todo se hacía derrochando energía, ánimo de aventura, torreo de las circunstancias y del destino. Y se llegaba con éxito y con provecho.

Lo apasionante de ese libro y de todos los anteriores de Enrique Bunster, en su captación del alma originaria de Chile y de lo que ella, sin ayuda estatal, sin financiamiento extranjero, sin otro elemento que su propia reciedumbre, pudo conseguir en el medio siglo siguiente a su Independencia. La identificación del espíritu de ese pretérito con un escritor que la intuye, la recrea y la presenta a la posteridad, forman también la trama de su obra. Alguien dijo que sólo se escribe bien sobre aquello que se ama. Bunster amaba a Chile, a esa nación aventurera, marítima y arriesgada y estas “Crónicas del Pacífico” —como toda la obra suya, es un delicado, pudoroso y embriagador canto de amor a la patria. Un día partió a la eternidad, pero su barco sigue marcando una estela imborrable en los mares patrios y hoy, en los linderos de una nueva fecha de nuestra independencia, nos hace sentir cuán cerca se halla y cuán lejos se lo llevaron impenetrables designios providenciales.

FERNANDO DURAN V.